

El Baluarte

DIARIO REPUBLICANO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Lagar núm. 5.

NÚM. 80

Sevilla—Lunes 8 de Abril de 1901

AÑO XXV

El partido católico

Santander es su cuna, y su incubación la magnífica posesión que en Comillas tienen los jesuitas, gracias a la espléndida munificencia del Comillas, armador y trasatlántico.

Si queridos lectores, apreciables liberales, candidos demócratas, el jesuitismo, el clericalismo, el monaquismo, cambia la forma, evoluciona se apresta a ofrecer a España un factor de gobierno para que el régimen tenga un apoyo fuerte y el clericalismo se afirme en nuestro territorio.

Así como quien no quiere la cosa, se vienen las agencias con un telegrama dando cuenta de la constitución del partido católico en Santander, dispuesto a presentar dos candidatos por aquella circunscripción electoral.

Y ahora verán los liberales cómo el ejemplo cunde, y se repite el caso, por ejemplo, en Navarra, que bien pudiera votar, a título de católico también, a algún Vadillo más o menos filósofo y sabio, pero carca impenitente y jesuita de corazón, porque éste es el de las reales disposiciones que dieron la alternativa a algunos conventos que no estaban autorizados. Y éstos del partido católico, en formación, organizan las fuerzas vaticanistas y propagan entre los obreros doctrinas disolventes contra el Estado y contra las instituciones liberales, envenenando su alma y tratando de llevar a su ánimo el convencimiento de que sólo una oligarquía católica, presidida por el obispo de Roma, padre común de todos los fieles, puede ofrecerles su bienestar. Es decir, que sean esclavos de la iglesia y siervos de sus pastores y de las órdenes monásticas, y éstos se encargarán de proveer a sus necesidades y de facilitarles el mendrugo diario para la prole.

La labor catequista se hace entre los agricultores, entre los obreros del campo, que consideran materia mejor dispuesta que los obreros de las grandes ciudades, porque éstos saben ya demasiado para dejarse seducir por los halagos del vicio y de las malas pasiones.

El partido católico se propone poner como escudo el dogma de la religión, para infundir terror en todos los espíritus y decidir a su favor esa gran masa de creyentes, que, si lo son, es por miedo al infierno, los unos, por costumbre; otros, y muchos, por el que dirán, y por seguir el camino trazado pero si vais a preguntarlos íntimamente, tienen la misma fe que el más renegado ateo, y la misma creencia que el más hipócrita de entre los jesuitas. Nada, conveniencias y miedo al que dirán.

Pero, sin embargo de todo esto, los vergonzantes son infinito en número, y los necios cometen una cantidad no despreciable, y a éstos busca el jesuita y el prelado para realizar su intento. Contra esta nueva forma del jesuitismo debemos preveniros, y vivir apercebidos los demócratas de verdad, porque el partido católico significa, no sólo la organización de todas las fuerzas clericales para oponer tenaz resistencia a medidas salvadoras, contra jesuitas monacales y alto clero, sino un núcleo fuerte contra la república de mañana, cuya forma aceptarán y proclamarán a voz en grito cuando la monarquía esté en vísperas de hundirse o cuando no pueda satisfacer sus voracidades.

Ya en el siglo pasado, el partido católico, con el primer pretendiente a la cabeza, atizó la discordia, envenenó las conciencias y regó España de sangre generosa y a título de católico; aquel rey que se llamó Fernando VII, levantó un cadalso en cada calle contra los maldicidos herejes de los liberales; católicos se llamaron los primeros carlistas, y católicos se han denominado todos los gobiernos y todos los partidos españoles que en la primera mitad de la anterior centuria atestaban las cárceles de liberales; católica es la actual regencia, como lo fué la anterior monarquía, y fresquitos están todavía los atropellos, las infamias, las prisiones de liberales, para dar gusto al papado, para satisfacer las ambiciones del jesuita, y para gobernar, a título de católicos, nuestras colonias, perdimos el imperio continental primero, y después el riquísimo imperio insular del Atlántico y del Pacífico.

El partido católico que recibe ahora el bautismo en Santander, será confirmado por el régimen y consagrado por todos los mitrados españoles que cobran de un presupuesto hecho por los liberales para destruir la libertad.

Es verdad que lo constituirán ciudadanos españoles, pero de esos que antes figuran en el registro parroquial, en la residencia jesuita o en el monasterio tal o cual, que en los empadronamientos municipales. O lo que es lo mismo: que antes que españoles, que antes que ciudadanos de la nación, son neos, son devotos, son súbditos del Papa y feligreses de su iglesia, y así hay que tratarlos en todas las relaciones de la vida, del derecho y de la vida del Estado, como católicos, y no como ciudadanos de un pueblo libre.

Combatirlos como lo que son, como jesuitas disfrazados, como auxiliares de Roma, y como súbditos de los obispos, y que Roma, los obispos, y los ignacianos, los salven de las furias populares, les garanticen la vida y la hacienda.

La guerra sin cuartel y sin conmiseración; nos han dominado porque hemos pecado de blandos. Pongámosle el pie al cuello para que no imperen de nuevo, aunque no nos perdonen. Hay que destruir en germen el partido en formación.

A. A.

Nota del día

Días pasados, una pobre mujer del pueblo iba casi arrastrando por las calles cuando sintió los dolores de la maternidad.

No sé si por previsión, o por casualidad, esta infeliz mujer se encontraba en la calle Cuna, llamada así porque en ella está instalado el edificio denominado Inclusa.

Aquella madre desolada, al presentir el próximo albramiento, se acercó a dicho edificio, implorando la caridad de que la acogieran en él para salir de tan atribulada situación.

Las hermanitas de la caridad, los ángeles de blancas tocas, que se arriandan como mulas de alquiler, a tanto por servicio y oración, encargadas de la vigilancia y cuidado de los hijos ajenos en aquel almacén de la caridad oficial, escudándose con el reglamento de la casa, que no habla de recoger en ella a una madre infeliz cuando se halla en situación tan triste, se negaron... La Casa Cuna, la Inclusa, no podía dar albergue a un ser humano que venía al mundo buscando un portal de Be-lén y una poca de caridad y un poquito de amor.

Un acto de esta clase no es capaz de cometerlo ninguna mujer: ese acto lo comete un ángel.

Porque una mujer, si no es madre, sabe que puede serlo, y sus entrañas —porque las mujeres tienen entrañas— se partirían de dolor ante un cuadro tan triste.

Pero un ángel, un ángel de esos de blancas tocas —¡pobrecitas más!— sabe que no puede ser madre, les está prohibido, y, como los ángeles no tienen entrañas como las tiene la mujer, impasibles, rígidas, austeras, ¡y quién sabe si hasta avargadas al meditar en las funciones naturales de aquella mujer!, contestaron:

—¡No hay albergue para María!
Lo mismo, lo mismo que hace el ventero de la tradición en las polichinelas cuando representan El Nacimiento de Jesús.

Afortunadamente existe la caridad todavía, y el pueblo sano, el pueblo mártir, el pueblo sincero, dió albergue a la madre desolada, y el pobre niño no nació en el arroyo, en Sevilla, en un Jueves Santo...

¡Madre infeliz!... Cuando tu hijo llegue a tener conocimiento, no te olvides de enseñarle el calvario por donde te arrastraste para darlo a luz.

Y cuando pase por aquella puerta de la que te arrojaron con él en las entrañas, dile:

—Mira, hijo mío: esos ángeles mercenarios que ahí habitan no tienen corazón porque el reglamento de la casa se lo prohíbe.

J. RODRÍGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Un dato curioso para los cronistas. Dato viene a Sevilla a divertirse durante nuestra próxima feria, y a... prometer todo cuanto le pidan los que le agasajen.

Por supuesto... cuando sea poder. Se le están preparando habitaciones y colgaduras, y además han encargado a París un maestro de ceremonias que lleve la batuta en la recepción y demás oficios correspondientes a la alta jerarquía de quien ha sido ministro de la Gobernación y lo puede ser otra vez.

En la guardarrropa del teatro San Fernando se están preparando los trajes para la compertería de hombres importantes que han de acudir a la estación del ferrocarril a llenar el andén y a entusiasmarse durante un cuarto de hora.

Ayer comenzó el período de fiestas con que obsequiamos a los forasteros por su dinero correspondiente.

Los forasteros no se dieron por entendidos, y dejaron la mitad de la plaza de toros vacía.

Porque la fiesta de ayer costaba el dinero. El público que faltó ayer a la corrida es el público que tiene poco dinero, ese público del que dicen los escritores tarinos que empuja el colchón o la topa de la mujer para comprar la entrada.

Y como ayer no fué, es indudable que... o no tiene colchón, o no tiene mujer, o la mujer tiene ya la ropa empuñada para atender a otras corridas, en las que hace de torero la necesidad y de toro el hambre.

Es el hecho claro y verídico que el sol, o los tendidos de sol, estaban vacíos.

Es un portomenor muy significativo para nuestra regeneración.

Porque el día que el pueblo español abandone la plaza de toros para ir a la plaza de abastos, ese día comenzará el verdadero período revolucionario social sin derramamiento de sangre.

Por el programa de fiestas se viene en conocimiento que hoy la fiesta, ¡ay qué fiesta!, que se da a los forasteros es música religiosa hecha en honor de un fray Diego por los frailes capuchinos y celebrada en su templo.

Es claro que, para ella, ha dado el Ayuntamiento una subvención decente... ¡siempre en honor de fray Diego! Los frailes son los que cobran, pero el que paga es el pueblo.

Como el Sr. Sagasta se ha declarado valetudinario para entorpecer la marcha del ferrocarril gubernamental, que iba empujada por el anti-clericalismo, la prensa madrileña no cuenta ninguna novedad.

El *Imparcial* sigue dando vaivenes sin saber a qué playa ha de poner la proa, en vista de que el público le vuelve las espaldas.

La *Correspondencia*, ahora que tiene pocos lectores, se acuerda de las economías, y aboga por el descanso dominical.

El *Liberal* no habla de otra cosa que de su negocio periodístico.

Por ejemplo:—Mi *Liberal* de Sevilla ha dejado tontos a los sevillanos, y todos han incluido en el capítulo de su diario presupuesto un número. La capital cuenta con 160,000 habitantes, y nosotros vendemos 170,000 periódicos. *Mariquita León* por la mañana, *Mariquita León* por la tarde. *Mariquita León* es el problema que tenemos que resolver en la primera capital andaluza. ¡Acudan los anunciantes!... *Mariquita León* lleva ya veinte golpes... Pues ¡y en Barcelona! Nuestro primer número fué llevado en procesión al gobierno y a la Diputación provincial, y allí se desmayaron de gusto. Mencheta se ha metido en cama, porque nuestro *Liberal* de Barcelona le ha resultado un sinapismo. Sucesivamente iremos fundando *Liberales* como artículo de primera necesidad. En donde quiera haya cinco personas que sepan leer, allá irá nuestro simpático *Meya* con la rotativa al brazo y la redacción encajonada.

Étcetera, etcétera. La actitud del simpático periódico es digna de alabanza; y lo sería más si acabara de sitiar el balancín de que se sirve para andar por la maroma democrática, inclinandose hacia donde vienen vientos ministeriales.

El *País*, convertido en maza de Fraica contra el clericalismo, sigue descargando golpes y llevando sus ejemplares a la más húmeda cabaña. Casi ha abandonado el yunque de la política republicana—que no da más que disgustos—para disparar contra frailes y jesuitas. Sus tres números últimos son un portento de buenos golpes.

La prensa importante, en fin, casi no se

ocupa en la política, y como de ella tomamos las inspiraciones, y éstas no aparecen, nos vemos obligados a decir:—En la Corte no pasa nada de extraordinario. Todos están contentos con Sagasta en cama, y la locomotora de reformas empotrada en la vía, como la de Ataquines.

Voy a copiar a continuación unos parrallos muy substanciosos que ha publicado *El Pueblo* de Valencia en su número del sábado de resurrección.

Tienen migas, y, sobre tenerlas, están cortados a tan buena medida, que en todas partes encajan muy bien.

Lean ustedes:

«Ya han transcurrido los dos días más antipáticos de todo el año; los dos días que son muestra del grado de intensidad a que alcanza todavía el fanatismo religioso, en repulsivo maridaje con la hipocresía.

Son los dos días en que los buenos católicos no comen carne, pero se dan un hartazgo de pescados (amén de algún pedazo de jamón a escondidas) y golosinas de mil clases; visten de colores por casa y de supuesto luto en la calle; cantan en el hogar, pero callan en la vía pública; trabajan y hacen trabajar dentro de la oficina o el taller, pero a puerta cerrada para que no se vea desde fuera; fingien aflicción las mujeres porque ha muerto el Redentor, y se adivian con sus mejores y más provocativas galas mundanas para ir a visitar los sagrarios; masticulan de rutina una oración en la iglesia, y sonríen al mismo tiempo al amante, o se estrechan con él la mano, o con él cambian la consigna o la carta de cita.

Suspéndese todo movimiento de coches en el recinto de la ciudad, pero continúa por fuera.

Los funcionarios públicos, que el miércoles, en la intimidad de la conversación, os revelaron que desprecian toda manifestación religiosa y «en nada creen», vedlos los jueves luciendo brillantes trajes y visitando iglesias como la más fanática de las beatas, o mezclado el viernes entre el cortejo de vestas de percalina, sayones y mamarrachos de la procesión.—Es preciso—os dicen—son exigencias de nuestro cargo; hay que cubrir las apariencias; lo requiere este peculiar medio social en que vivimos. ¿Qué se dirá si nos negásemos?

Y tienen razón. No todos los seres tienen el valor, la virtud, el heroísmo necesario para ajustarse a sus convicciones sus actos públicos y privados.

Por eso son aborrecibles esos dos días de farsa, de mentira; segundo carnaval en que la gente se disfraza de hipócrita religiosidad, simulando sentimientos que sólo están en los labios y creencias que carecen de base y de sentido común.

Y aquí sí que pega aquello de «Tiro la piedra por alto, al que le dé que perdona.»

Nuestros príncipes de Asturias van a emprender un viaje... Marcharán a Zaragoza para rezar una salve a la antigua Pilarica... (esto es lo más importante en los príncipes católicos; porque les limpia la sangre). Luego marcharán a Lourdes... (esto es de cajón, traído de que allí se hacen milagros, como huevos con tomates). Y después irán a Roma a entregar al Santo Padre el consiguiente regalo, para con esto pagarle la bendición y dispensa que les mandó el Papa gratis.

Carmen Cobeña y Emilio Thuiller iban en el tren que descarriló en Ataquines.

Y ambos, con su compañía de cómicos, han resultado ileso.

—¿Y eso qué tiene de particular?

—Le diré a usted: Thuiller y la Cobeña van a representar en poblaciones importantes la *Electra* de Galdós.

—¡Ah, ya!...

—¿Lo entiende usted?

Ahora... vaya otra noticia.

Carmen Cobeña, cuando viene a Sevilla, con objeto de darle coba fina a la gente del abono, clericales en su mayoría, todas las tardes va a rezarle a Nuestro Señor del Gran Poder para que la vean allí, y los curas y jesuitas la recomiendan a sus parroquianos.

¡Y siempre que viene hace un negocio muy bonito!...

Pero como ahora no está en Sevilla, va a representar la *Electra* de Galdós, y, por consiguiente, donde vaya visitara, no los templos, sino los Casinos de gente cría y liberal para que vayan a llenarle la taquilla.

¡Qué buena comedia, y lo que sabe!
Hace comedias por fuera y por dentro.

De un colega de Valencia:

«Mientras un hermano religioso, que tenía a su cargo en la iglesia de Santo Tomás la mesa petitoria del Asilo de San Juan de Dios, se entregaba a la meditación y a recoger dinero, un ratero se apoderó de un billete de 25 pesetas que había depositado en la bandeja momentos antes el capitán general.

El ladrón salió por pies, siendo perseguido algún trecho por el hermano, aunque inútilmente.»

¡Rogativas, rogativas... y enseguida parece el ratero con el billete!...

Y si no parece, si las rogativas no sirven siquiera para coger un ratero, acabad de una vez de quitar el mostrador en el que vendéis tantas cosas inútiles, engañando al mundo...

CARRASQUILLA.

Los vagabundos

Tenemos los españoles la manía de imaginar que en todas partes se está mejor que en España y que no hay nación en el extranjero donde no aten los perros con longanizas. Caen en tal error los que no se han movido de España. En cambio, los que han podido ver cómo las gastan ingleses y franceses en su propia casa y con sus propios paisanos, aunque no hayan estudiado de segunda mano la Constitución inglesa ó el código francés, modifican ya sus juicios y con mayor amplitud de juicio dicen que en todas partes cuecen habas.

Saco a relucir estas consideraciones porque leo en un periódico inglés que el censo general de la población de Inglaterra no será todo lo exacto que fuera de desear á consecuencia del modo cómo la ley inglesa entiende el concepto de «vagabundo».

Tiene la cosa verdadera gracia y no resisto á la idea de explicarla á los lectores de EL BALUARTE.

En Inglaterra, todo aquel que no tiene unos céntimos en el bolsillo está considerado como un vagabundo. Inmediatamente se le detiene, se le lleva á un cuartelillo y de allí á uno de los *workhouses*. Pero el ciudadano que posee unos pence en el bolsillo, aun cuando se le ocurra dormir al fresco, ejercer de «atorrante» ó de «claro de luna»; nadie tiene derecho á pedirle explicaciones; la ley considera que aquel ciudadano inglés hace uso de su libertad y no hay agente que turbe su sueño.

Pues bien; como son muchos, por desgracia, los hijos de la nebulosa Albión que saben los preceptos de la ley, y que, por otra parte, disfrutan las delicias de una miseria profunda, cada día hay buen número de ellos que, apesar de tener los céntimos legales, duermen al raso, ó más ni menos que si fueran vagabundos auténticos.

Y el censo inglés no será exacto por tal motivo. Aun cuando durante la noche del 31 de Marzo al 1.º de Abril varios agentes recorrieron los parques, los puentes y el Thames Embarkment, en busca de los caballeros que tienen el capricho de dormir en pleno aire, gran número de esos ciudadanos escaparon á las pesquisas de los *enumerators*, y Eduardo VII, que se preocupa grandemente por las cuestiones de esta índole, no habrá tenido el gusto de saber á punto fijo sobre cuántos millones de individuos puede ejercer su paternal autoridad.

¿Verdad que parece algo raro que aquel que no tiene un céntimo no pueda dormir debajo de un puente, y esté facultado para hacerlo el que tiene dinero para alquilar un mal catre? Pues así es. Díganme ahora si los golfos de España no disfrutan de mayores preeminencias que los ingleses.

En Francia, nación donde es fama que la democracia impera como dueña absoluta, la ley permite también que el ciudadano que posee una peseta cincuenta, ande suelto, pasee por donde mejor le plazca, vaya á donde en gana le venga. Pero el pobre *hère* que no tiene un perro chico, ese se va tranquila ó intranquilamente á la cárcel mal de su grado, queda privado de libertad, ha de dormir y de habitar donde quieren los otros, y no donde á él le conviene ó le parece. Es decir, hablando en plata, que la libertad, la igualdad y la fraternidad se reservan para los que tienen de seis reales para arriba; son conquistas que se han hecho en beneficio de los que poseen algo; pero no rezan ni por asomo con los desdichados á quienes la contraria suerte ha vaciado los bolsillos. ¿Cuántos franceses, recordando los preceptos de la ley, que *null est sensé d'ignorer*, habrán hecho amargas reflexiones, mientras los agentes de la autoridad les conducían hacia el innoble *violin*?

Consuélese los golfos españoles; aquí no se les priva de libertad ninguna, aun cuando no tengan un céntimo; aquí se les deja la de dormir al raso y la de morir de hambre... como en el extranjero por lo que á esto último se refiere; aquí no marrará ningún censo por su culpa, porque no los hacemos.

MARCO POLO.

Teatro San Fernando

INAUGURACIÓN DE LA TEMPORADA

Con un *lleno pleno* se verificó ayer en el Teatro de San Fernando el *debut* de la compañía que dirige el Sr. Tolosa.

Mucho y poco hay que hablar de los artistas: ya esto último, por sernos la mayor parte de ellos conocidos, ya aquéllo porque la fama de que viene precedido alguno podría exigir minucioso análisis y largas y extensas consideraciones.

Las damas han de perdonarnos si concedemos el número primero en el orden de esta crónica al tenor Sr. Biel. Así lo exige la circunstancia de su *presentación*. La voz es soberbia, bien y agradablemente timbrada. La romanza *Celeste Aida* fué interpretada de modo admirable. Entró con gran valentía en el dúo del tercer acto, y es lástima que, por exceso de voluntad en complacer al público entusiasmado y de pagarle con creces los aplausos que le prodigaba, no se so-tuviera en el *allegro*. Más sobre sí en el dúo final mostróse bien, muy bien, afinado y sentido.

Es tenor que no reza, canta; no se reserva, y de ahí en ocasiones el peligro que saben y deben evitar los maestros.

La Sra. Bonaplata era conocida del público sevillano; lejos de perder nada, ha ganado en afinación y seguridad. Acertadísima en todo, sobresalió en el dúo del tercer acto con el barítono, y en el dúo final.

Muy bien, asimismo, la Sra. Riera, que cantó con sentimiento y brío.

De Blanchart nada hay que decir; es el de siempre: el *maestrazo*. Nada tampoco ha perdido el bajo señor Riera, aplaudido siempre en nuestro coliseo por inteligentes y profanos.

Duboi, mejor que nunca. La orquesta, bien, salvo dos *notillas* que en la gran marcha se le fueron á la banda de cornetas. Y la banda no es orquesta... En dos palabras: éxito feliz.

De actualidad

DE LA PENINSULA

Telegrafian de Oviedo que un voraz incendio destruye la montaña repoblada de Covadonga en un paraje precioso, denominada Sines. Sale para el lugar del suceso el ingeniero encargado de la sección.

El hundimiento habido en Málaga ocurrió en una antigua fábrica de puntillas de las inmediaciones.

Los sepulcros eran merodeadores. Ocurrió el hundimiento al llevarse un puntal de madera.

Hay más heridos. Los merodeadores contusos escapáronse.

Almería: En la jonca de Joaquín Acuña, situada en los Molinos, ha habido desprendimiento de tierras, resultando dos muertos y tres heridos.

Los tableros se declararon en huelga.

El *Imparcial* insiste en su idea de acción colectiva contra las grandes empresas de ferrocarriles para exigirles responsabilidad por las catástrofes.

El martes se reunirá en el Ferrol el Consejo de generales de la Armada para fallar el proceso por el accidente del *Carlos V*.

A Murcia ha llegado Echegaray, siendo objeto de recibimiento entusiasta. Hospédase en casa del alcalde.

Verificóse la típica comparsa del bando de la huerta.

Al pasar por el domicilio de Echegaray saludósele en dialecto murciano. Ovacionáronle.

Celebróse en Barcelona el meeting de la Unión Nacional.

Regorosa hace la presentación de Paraiso y representantes.

Reclama el cumplimiento del programa.

Pide el servicio obligatorio, abolición de los consumos para facilitar los alimentos á la clase obrera, imitando á Lyon.

Paraiso dice que van á la lucha á recontarse.

Reproduce los argumentos contra la mala administración y en favor de las economías.

Muestras de aprobación.

El acto ha estado concurridísimo.

Dices que Urzais ha puesto reparos á los proyectos de Weyler sobre reformas en el cuerpo de Carabineros.

Málaga: una comisión de 40 labradores visitó al gobernador, pidiéndole que los fabricantes eleven el precio de la caña.

El gobernador lo gestionará y les ha dicho que eleven instancia al Gobierno.

Agravada la huelga de Igualada.

Linares: siete mineros faltaron á una pareja de la benemérita, amenazándola con faca y pistola.

Acudió otro guardia y los tres disolvieronlos haciendo ocho disparos al aire.

Uno resultó herido de machete.

Cuatro detenidos.

DEL EXTRANJERO

En Nueva York elogiase al juez de Orleans, que impidió la salida de un vapor inglés que había embarcado ganado con destino al Transvaal, considerando dicho juez á los boers beligerantes.

Dicen de Yokohama que es extraordinaria la actividad en los círculos militares y navales del Japón, ante la inminencia del choque con Rusia.

La casa Krupp, por escasa demanda, ha despedido algunos millares de obreros.

Dicen de Londres que está gravísimo el famoso Rodhes, promovedor de las cuestiones de Africa del Sur.

El rey de Portugal recibirá el jueves á una comisión de católicos de Lisboa, Praga y Oporto, presidida por el cardenal Creto, que pedirán la libertad de residencia en Portugal de las congregaciones religiosas.

Dicen de París que marchó á Tolón Loubet, en landó descubierto, sin escolta.

Tomáronse precauciones en la estación de Lyon.

Ha llegado á Marsella, de paso para Beau-lieu, el jefe del Gobierno inglés.

En Kassin (Rusia) verificáronse funerales por los estudiantes muertos en San Petersburg; desórdenes; los cosacos dieron cargas; muchos heridos; presos 130 hombres y 17 mujeres.

También ha habido desórdenes en Yranof y Vosnesenks.

Rusia ha comunicado á las potencias que renuncia al tratado especial sobre Mandchuria.

Mejora el jefe del Gobierno francés. El miércoles ó jueves irá á reponerse á Antibes.

Londres.—En vista de la resistencia de los boers en el Transvaal, el Cabo y el Orange, Inglaterra acelerará la paz, suavizando las condiciones.

De Spezia ha salido para Tolón la escuadra italiana del Mediterráneo, al mando del duque de Génova.

Los trabajadores del muelle, puerto y Docks de Marsella, acordaron en definitiva reanudar el trabajo el martes.

«Sebastián Roch»

Si hay un escritor valiente é intemperante en Francia es éste sin duda: Octavio Mirbeau. La vez primera que yo le ví apareció su figura realzada por marco digno de ella.

—Fué en París. En un barracón de erugiente y despiñada madera se juntaban los anarquistas para celebrar un mitin. Suelen ser los mitins políticos de la gran capital francesa campos de batalla donde á veces caen heridos y muertos.

Rara vez pueden los oradores terminar sus discursos sin recibir un chaparrón de insultos, un diluvio de silbidos, quizás un vaso en la cabeza ó el pesado puño de un bastón de hierro en los sesos.

Las palabras más duras del diccionario se consideran suaves para castigar al disertante.

Llámanle *asesino, ladrón, vendido, alcahuete, pillo, estafador ó usurero*, y les parece poco... ¡Oh, tranquilos salvajes de Villareal, seguid luciendo dichosamente al sol vuestros taparrabos multicolores y considerad que en todas partes cuecen habas, y en París á calderadas!

Aquella noche, como todas, los oradores revolucionarios bailaban sobre un volcán. Densos jirones de asfixiante niebla, desprendidos de las pipas, se esparcían por el campo de batalla, envolviendo á los combatientes. Hubiérase creído ver en ellos á soldados que peleaban entre el humo de la fusilería.

Aquellos jóvenes anarquistas, en cuyos rostros se leía una extraña mezcla de indignación y de placidez, de ira y de arrebos místicos, de ferocidad y de filosófica resignación, pedían ruidosamente que saliera á la tribuna Octavio Mirbeau.

Y apareció, por fin, el gran escritor.

De regular estatura, recia complexión, ademán enérgico, su figura era un buen ejemplar de la raza francesa. Podía recordar á uno de aquellos combatientes galos que pelearon con César, empujándole al desastre.

Su fogosa y clara mirada lanzaba al exterior las llamaradas de su entendimiento, en ebullición siempre; su boca, enérgicamente contraparecía moldeada para vomitar arengas al fin de un ejército victorioso; su mostacho daba aspecto militar; sus cejas, ásperamente pobladas, se enarcaban con dura expresión. Penetrante y limpia frente respiraba nobleza, irradiaba luz, transparentaba claramente un cerebro amueblado de grandiosas ideas. Sus palabras expresaban franca y clara elocuencia, desde el corazón á borbotones: el tono de su voz envolviendo poco á poco á los oyentes en dulce é invisible velo de la fraternidad y amor.

Tal se me apareció aquel hombre tan combatido por sus enemigos, á quien los críticos consideran como un malvado y los hombres libres como un ángel de caridad. Su rostro, ademán, su voz, eran espejo fiel de la historia de Mirbeau.

No hay en la literatura francesa un escritor tan simpático, uno que haya trazado con su pluma tan honda huella en el corazón de los hombres. Toda su energía se ha empleado para derribar los poderosos; toda su dulzura por levantar á los débiles... ¡Qué vida la de ese hombre!

Desde sus primeros años ha luchado por derribar ídolos: los del militarismo, los del clericalismo, los de la política, los del parlamentarismo, los de la literatura académica, los del arte hueco, falso, los de la riqueza y el encubrimiento oropel.

Unas veces la emprende con los generales franceses, acusándolos de cobardes; los generales protestan y Mirbeau contesta á sus desafíos, poniéndoles un duelo á pluma. ¿No eligen á veces para batirse la espada, su arma profesional? Mirbeau, escritor de profesión, escoge su arma también.—Quien escriba mejor de los dos—logrará la victoria.

Después de atacar al ejército, la emprende con los cómicos. Los representantes del teatro, aquellos á quienes se les prohibía el enterramiento en sagrado, son en Francia verdadera plaga. Apenas se dejan ver en los escenarios, se creen dioses; hablan pedantescamente y se creen más importantes que los propios autores. Mirbeau la emprende contra ellos en famoso artículo *Es cómico*. Los actores le desafían también, y Mirbeau responde que reconozca su superioridad por parecerle el duelo una comedia.

Los pintores que falsifican el arte, embrocándolo con cuadruchos tan vacíos como cotos, le irritan y sacan de quicio. Mirbeau embadurna la cara con los plumazos de su sara, y pinta el cuadro naturalista de sus victorias con mejor paleta de la que pudieran poseer ellos. Los escritores vacíos y fofos, cargados con el pelucón académico, ridículamente vestidos con el casacón de guacamayo y armados con la espada de puño de nácar, excitan su furia por su buen gusto. Publica Mirbeau varios artículos célebres, catalogando las corbatas que usan, los calzoncillos que gastan y los perfumes dulzarrones de que impregnan sus pañuelos y sus artículos. Los académicos no le envían padrinos, pero Mirbeau les manda un tomo de las obras de Zola para que aprendan á escribir.

Su pluma es una piqueta de oro, un fino pincel esmaltado de pedrería y arabescos, que brilla con el horror del crimen y de la muerte, deslumbra con los fulgores de la hermosa literatura artística. Su pluma es también un ariete que derriba las instituciones podridas. Posee esa pluma tan dúctil, tan bella, tan mordaz, que torna sublimemente heroica y cristiana, cristiana, sí, cuando trata de levantar al débil. Mirbeau ha cantado con acentos magníficos, con cuentos, al pordiosero que se arrastra por las calles; ha loado al minero que se ahoga entre las grietas de las galerías; puso en el pedestal de compasión á los presos de las inmundas cárceles y á los condenados de la guillotina; reñó á los cómicos pobres; cantó á los artistas desvalidos, se condolió de los hijos del vicio, derramó lágrimas de amargura en defensa de las infelices prostitutas, carne del hospital. Sus himnos al amor ideal, no contaminado del amor vendido, del amor, fruto de riquezas, merecen el entusiasmo de los hombres de corazón.

Su canto á la amistad no lo ha escrito, pero sí lo ha entonado. Cuando Zola era grande Mirbeau se separó de él; cuando Zola era victorioso de atentados é insultos con motivo del proceso Dreyfus, Mirbeau le defendía. El compromiso de los muebles embargados por la justicia en la casa de Zola, ofreciéndoselos después como delicada prueba de amistad.